

DUQUE.

Es copia de una Madonna
Que habeis concluido ayer.

TORRIGIANO.

¿El tamaño?

DUQUE.

A vuestro gusto,
Como me la hagais igual,
La semejanza cabal
Es en ella lo que ajusto.
¿Aceptais la condicion?

TORRIGIANO.

Si no es como la prometo,
A dáosla me someto
Sin gozar retribucion.
Pero si igual ha de ser,
Francamente os quiero hablar,
Tengo allí que retratar
A mi hijo y mi mujer.

DUQUE.

¿Cómo!

TORRIGIANO.

Tuve ese capricho
En la que ayer concluí,
Y á no ser la estatua así
Es imposible lo dicho.

DUQUE.

¿Y ese amante desvarío
Puedo yo culparos? No.
Haré vuestro gusto yo,
Si vos me cumplís el mio.

Callaron por un momento
Como quien recela ó duda,
Y un punto consigo mismo
Su resolucion consulta.
Y el hidalgo y el artista,
Que uno de otro se aseguran,
Al mismo tiempo dejando
Su actitud meditabunda,
Cambiaron como por prendas
De la confianza última
Ésta respuesta el hidalgo
Y el artista esta pregunta:

TORRIGIANO.

Pues que no anduvimos parcos
De esplicaciones los dos,
¿Me direis si es para vos?

DUQUE.

Llevádsela al duque de Arcos,
¿Que no os pesará por Dios!

IV.

Y yendo y viniendo dias,
Y sin tregua el escultor
Trabajando, á los cuarenta

La Madonna se acabó.
Copia completa y exacta
De la Madonna anterior,
Hija de la misma mano
Y la misma inspiracion.
Cifra en que el fogoso artista
Su cariño formuló,
Fué el suspiro postrimero
Que exhaló su corazon.
Porque el arte es un amigo
Benigno y consolador
Que paga con un instante
Muchos años de afliccion.
Es un suave y encantado
Y aromático licor
Que el brio rejuvenece
De la perdida ilusion,
Que provoca el entusiasmo,
La esperanza y el amor,
Y vuelve á encender el fuego
De la fé que se apagó.
Es un bálsamo escondido
Del ánima en un rincon,
Que cicatriza las llagas
Que la desventura abrió,
Y hay un sacro y absoluto
Momento de bendicion
En que el placer del artista
Lo concibe solo Dios.
Pues no halla la mariposa
Con tanto gusto una flor,
Ni halla una floresta el ave
Que de la jaula escapé,
Ni halla afanada la abeja
La miel de que vaga en pos,
Ni halla el misero cautivo
La luz que ver no esperó,
Con tan intensa y tan pura
Celestial satisfaccion,
Como halla el cansado artista
Lo que él á solas creó.
Es un sueño venturoso
Que en alas de la ilusion
Muestra al alma un ignorado
Paraiso encantador.
Es el beso de una madre
Al hijo que le nació,
Por cuya vista ha sufrido
Largas horas de dolor;
Que le ama mas, cuando mas
La cuesta su posesion;
Y . . . no hay símil de ambas cosas
Mas exacto ni mejor.

Y pues su linda Madonna
Torrighiano concluyó,
En ese cielo del arte
Dejemos al escultor.

A la mañana siguiente
La preciosísima efigie

Esperaba al duque de Arcos
Que acabara de vestirse;
Y mientras miran y admiran
Lacayos y ministriles
La verdad y la hermosura
De la inanimada Virgen,
En la retirada calle
Donde el Torrighiano vive
Está pasando otra escena
Que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble duque
En armas y amor insigne
Que la divina escultura
Enamorado acaricie:
Dejemos al Florentino,
Que de su mano recibe
Repleto saco, que angure
Horas tras su afan felices;
Y entrémonos en su casa,
Donde su amorosa Tisbe
Está á la reja esperando
Que dé la vuelta el artifice.
No se sintió por su ausencia
La esposa nunca tan triste,
Ni de su inquietud secreta
La estraña razon concibe;
Mas su ardiente pensamiento
Mil sobresaltos la finge,
Y el corazon con mil ansias
No acierta qué vaticine;
Y ello es un hondo misterio
Y un arcano incomprendible,
Mas tiene presentimientos
El corazon infalibles.
Mirando estaba impaciente
De la calle los confines,
Por ver si llega mas pronto
O mas pronto le apercibe,
Cuando un hombre que se acerca
Rápido con mano firme
Tira un papel por la reja
Y contestacion la pide,
En vano tal osadía
Querido hubiera impedirle,
Y en vano algunas palabras
De justo enojo le dice.
El hombre pasa y no escucha;
Le llama . . . le grita y sigue;
Y allá hácia al fin de la calle
Vuelve á pararse impasible.
A poco rato el mismo hombre
Paso á paso se dirige
Otra vez á la ventana;
Y esto que advierte la Tisbe,
Toma la carta del suelo,
Aguarda que se aproxime,
Y con desprecio tirándosela
Que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe;
Pero ni tiempo consigue
Para encajar la falleva,
Porque el hombre, que se sirve
De ambas manos, deteniéndolos

Con vigor irresistible,
Volvió la carta diciendo:
"Sin respuesta no he de irme."
Y al ir palabras mas duras
Colérica á dirigirle,
Apareció el Torrighiano
Y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO.

¿Qué es eso, Tisbe?

TISBE.

Un infame

Que dos veces ha pasado
Y ese papel ha tirado
Por la reja.

TORRIGIANO.

El papel dame,
Que á lo que veo él ha huido:
Mas ¿qué tiemblas, alma mia,
No ves que de su osadía
Tú la culpá no has tenido?

TISBE.

¿Ay Pedro! que ese papel
Me da recelos fatales,
Y me parecen puñales
Cuantas letras hay en él.

TORRIGIANO.

¿Calla, inocente!

TISBE.

No le abras.

Pedro.

TORRIGIANO.

¿Saber no es mejor
De qué mal es portador?
Y al fin, son cuatro palabras.
(Abriendo la carta, á Tisbe.)
Pero, Tisbe, es para tí;
Tu nombre al principio viene . . .
Veamos lo que contiene,
Y escucha, que dice así.

(Lee.)

"Tisbe, elige: está en tu mano
"Mi ventura y su sentencia:
"Un día de resistencia
Da la muerte al Torrighiano."

TISBE.

¿Ay, Torrighiano, ay de mí!
Que con mi negra hermosura
Te traje la desventura,
Y acaso muerte te dí.

TORRIGIANO.

¿Mas qué misterio penetras
En ese papel, que á voces
Mi muerte auguras? ¿Conoces
Quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE.

No, lo adivino no mas:
De un villano que en tu ausencia

Con inaudita insolencia
Me enamoró son quizás.
Toda Sevilla corrió,
De casas mudé esquivándole,
Y logré desorientándole
Vivir escondida aquí.
Cóbrele un horror intenso
Desde el momento de verle,
Y solo supe temerle,
Y no lo bastante pienso.

TORRIGIANO.

¡Y por qué no me has mostrado
A ese traidor cara á cara,
Y en mis brazos acabara,
Que era morir muy honrado?

TISBE.

A verte una noche vino
Y en mi cuarto me encerré,
Como quien siente y no ve
Los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba,
Porque tal horror sentía,
Que aun de su voz si la oía
No sé qué me recelaba.

TORRIGIANO. [Desesperado.]

¡Y yo, necio, se la dí;
Se la llevé yo, en persona. . . .
(A Tisbe.)

Y viendo aquella Madonna
Que se parecía á tí,
¿No lo adivinabas tú?

TISBE.

Temí, Pedro, que tus celos. . . .

TORRIGIANO.

¡Cargue, voto va los cielos,
Con tu miedo Belcebú!
¡Ira de Dios, y qué á punto
Con mi maldita escultura
Yo mismo de tu hermosura
Fuí á presentarle el trasunto!
¡Por ella su lengua fatua
Me hará de irrisión objeto. . . .!
¡Maldito si no le meto
En el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo
La espada en el cinto pone,
Y desatinadamente
La mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
Ante él la hermosa se postre,
Ni que las suyas abrace,
Pues sus intentos supone;
Que ni advertencias admite,
Ni frios consejos oye,
Ni lo que intenta concibe,
Ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
Solo necesita un hombre,
Y pues encontrarle es fuerza,
Sin duda que sabe en dónde.

Quedóse la Tisbe sola
Y á los vidrios asomóse,
Los ojos llenos de lágrimas,
Y el corazón de temores.
Así estuvo largo tiempo,
Sin que distraerla logren
De sus pensamientos tristes
Y negras cavilaciones,
Ni de la luz reflejada
Por el cristal, los colores
Brillantes, ni las figuras
De la calle, ni las voces.
Hasta que vuelta á sí misma,
De los cristales quitóse,
Y viendo aún en el suelo
El papel infausto, asíóle.
Tendió, sin ver lo que hacia,
Los ojos por los renglones,
Y helóse al ver estos cuatro,
No leídos hasta entonces.

“Esta profana escultura
“Diviniza una pasión,
“Y enviada á la Inquisición
“Os abre la sepultura.”

Lanzó la infeliz un grito,
Y como el tiro conoce,
Hacia el palacio del duque
Desalentada corre.

V.

El sombrero hasta las cejas,
Fiera y sombría la cara,
Atenazados los dientes
Y echada al hombro la capa,
Como una sombra fatídica
De algun panteon escapada,
Por la escalera del duque
Audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro la sube,
Y un tramo tras otro gana,
Cual si en trepar con tal brio,
Alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
Y á detenerle no bastan
Las señas de los porteros
Y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
De ira ó desprecio espanta,
Al otro de una embestida
Derriba en tierra de espaldas.
Y así sin mas miramientos
Llegó de una en otra estancia
Del gabinete del duque
Hasta tocar la mampara.
Asióla del picaporte,
Y por si en abrirse tarda,
Con sacudida violenta
Del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el duque,
Y al ir á volver la cara,
Ya el Torrigiano tenia

La mano en su hombro posada.
“¿Qué me queréis, señor mio?”
—Mi escultura.

—Está comprada.

—Ahí teneis vuestro dinero,
No quiero venderla, dádmela.”
Y el Torrigiano en la mesa
Tiró el saquillo de plata
Que en precio de la escultura
Recibió por la mañana.
Rióse el duque, y le dijo:
“¿Sabe, buen hombre, á quién habla?
Sabe que solo mi voz
Para aniquilarle basta?”
Rugió el Torrigiano de ira,
Y dijo con voz ahogada:
“Será, si la dejo yo
Que pase por la garganta;
Y no piense que eso es solo
Lo que á mi cólera basta.
Ahora venga la escultura;
Luego, pues daga y espadas
Tenemos, y hombres nacimos.
Saldrá de aquí lo que salga.”

Y abalanzándose rápido
A las puertas que la estancia
Tras de la mampara cierran,
Con resolución esclama:
“O defendeos, ú os mato,
Que os juro que vuestra carta
Otra respuesta no tiene
Que un párrafo de estocadas.”

Y ya sin otro remedio
Asió el duque espada y daga,
Y trabóse la contienda,
Que por Dios que fué empeñada.
El artista, que se sirve
Cual del cincel de su arma,
El pecho de su contrario
A cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
Con reputación sobrada,
No se dió por muy seguro
El duque, que ya pensaba
En ganar tiempo, aunque acaso
Toda la honra costara;
Mas la rapidez del otro
Hasta la voz le embargaba,
Y se perdian sus ojos,
Y sus manos no bastaban
A parar tan recios golpes
Y tan recias cuchilladas;
Y aunque muy bien se defiende,
Que al fin le va vida y fama,
Ya en el rincón de una puerta
El escultor le acorrala;
Y ya el feroz Torrigiano,
Que ve cerca su venganza,
En coserle contra el quicio
Con negra intención pensaba,
Cuando tremendo tumulto
Que por de fuera se alcanza,
Llegó en confuso desorden

Hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta
Y caer amenazaba,
Y miedo el duque perdía
Y el Torrigiano esperanza.
Aquel ganaba terreno,
Y así la lid comenzada
Cambió de aspecto en un punto,
De consecuencia y de causa,
Porque al dar el Torrigiano
En una pared de espalda,
Se abrió al empuje, de lienzo
Una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
Cerró el duque, y en la estancia
Donde quedó el escultor
Topó con su efígie infausta.
Y rebosando despecho
Y de otro enemigo á falta,
“Maldita seas!” la dijo,
Y dióla una cuchillada;
A cuyo momento entrando
Pajes, corchetes y guardias,
Dijo señalando el duque
Los pedazos que rodaban:
“A la inquisición llevadle,
Las imágenes maltrata;
Si se resiste, unos grillos,
Y si grita, una mordaza.”
Lanzáronse al Torrigiano,
Que en la triunfante mirada
Que le lanzó su enemigo
Vió bien lo que le restaba.
Tomaron, pues, los pedazos
De la destruida estatua,
Y desgarrado el vestido,
Las manos atrás atadas,
Sacáronle del palacio
Entre broqueles y lanzas,
Y echaron al Santo Oficio
Atravesando la plaza.

CONCLUSION.

¿Qué te valió, buen soldado,
Con noble empeño lidiar
Para comprar con tu sangre
El sol de tu libertad,
Si Pisa y el Garigliano
Solo en tu memoria están
Como bajeles perdidos
En la llanura del mar?
¿Qué te valieron, artista,
Tus largos días de afán,
Tus largas noches de vela
Y de esperanza tenaz,
Si en tus cadenas traidoras
Tu gloria se va á estrellar,
Y no habrá en tu sepultura
De tu nombre una señal?
¿Sueños de la juventud,
Sueños de gloria fugaz
Que en un negro calabozo

Fuisteis al fin á parar!
 Cifras con que fulminaron
 Una sentencia fatal.
 Su acongojada memoria
 No tiraniceis jamas!
 Delirios de amor dichosos,
 Que venisteis á alumbrar
 De su tormentosa vida
 El continuo vendabal,
 Id á vuestras alas viento
 En otra ánima á buscar,
 Y en sus cadenas dormido
 Al pobre artista dejad.
 Dejad que duerma un instante,
 Y ese instante pueda hallar
 Entre sus sueños febriles
 De triste felicidad.
 ¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
 Te va á ser el despertar
 Al rumor de los cerrojos
 Y á la odiosa realidad!
 Duerme tranquilo, ¡soldado!
 Reposo un momento mas,
 Que al cabo así no es tan duro
 Con el castillo volar.
 Duerme sin temor, ¡artista!
 Que los nudos del dogal
 El laurel de tu corona
 No han de poder despojar.
 Duerme, despechado amante
 Que á morir por tu amor vas,
 Y no temas de tu Tisbe
 Un olvido criminal.
 Duerme, mientras sollozando
 Bajo tus rejas está,
 Y sus suspiros te roba
 Al airecillo fugaz.
 En vano á tus carceleros
 Ansiosa fué á preguntar;
 En vano oró largas horas
 En la santa catedral;
 En vano quiso á tus jueces
 Con lágrimas conquistar,
 Que ni la tierra ni el cielo
 Oído á sus penas dan.
 Sí; mientras tú te resuelves
 A morir en soledad,
 Y á darles muerta la carne
 Que quieren ver palpitar,
 Ella resuelve contigo
 Llegar á la eternidad,
 Y al pié de tu calabozo
 Cuando espire, respirar.
 Que está segura que su alma
 Saldrá tu alma á buscar,
 Y cuando aliento te falte,
 Aliento la faltará:
 Tierna paloma que el grano
 No sabe sola encontrar,
 Y espira cuando la falta
 Quien alimento la da.
 Duerme, Torrigiano, duerme,
 Que es muy duro despertar

Al rumor de los cerrojos
 Y á la odiosa realidad.
 Oyéronse por de fuera
 Rudamente rechinar,
 Y abrió el escultor los ojos
 A la negra oscuridad.
 Y aun de los lazos del sueño
 Sin poderse desatar,
 El ruido oyó, y el soldado
 Preguntó altivo: *¿Quién va?*
 Pero al ver con sus linternas
 La gente del tribunal,
 La noble cerviz al pecho
 Tornó el misero á doblar.
 Y para oír su sentencia,
 Dada sin juicio quizás,
 Aguardó en mustio silencio
 A que quisiesen hablar.
 "¿Cómo os llamais?"
 —Torrignano.
 —¿Sois de Florencia?
 —Es verdad.
 —¿Soldado?
 —Con una espada,
 No lo pudiérais dudar.
 —¿Teneis amor á las armas?
 Si os dieran una . . .
 —Ojalá."
 Y á esta idea, el escultor,
 Como quien la puede usar,
 Echó mano á su cintura,
 De donde faltaba ya.
 Lanzó el artista un suspiro,
 Y tornándose á sentar,
 Dijo en derredor mirando:
 "Es inútil, despachad."
 Siguió preguntando el hombre
 Deletreando á la par:
 "¿Habeis hecho aquesta imagen?"
 Y el triste á pregunta tal,
 Volvió los ojos á su obra
 Y al cabo . . . rompió á llorar;
 Y echando al busto los brazos
 Con desesperado afán,
 Pidió que antes de romperla
 Se la dejaran besar.
 Lo cual demencia juzgando,
 Y deseando abreviar,
 Por respuesta le leyeron
 El pergamino fatal,
 Donde sin apelacion,
 Con tres palabras no mas
 Al fuego le condenaba
 Por hereje el tribunal.
 Volviéronle, pues, el rostro,
 Y uno ó compasivo asaz,
 O no alcanzando en qué uso
 Aquel madero ocupar,
 Díjole con befa estúpida:
 "¡Vaya, buen hombre, tomad!"
 Y el busto de su Madonna
 Le echó á los piés al cerrar.

Cuando á la fin de tres dias
 Llegó la hora tremenda
 De cumplir en Torrigiano
 El rigor de su sentencia,
 Llegaron hasta su encierro
 Los que debian ponerla
 Por obra, y los seis cerrojos
 Descorrieron de su puerta.
 A voces y por su nombre
 Le llamaron desde fuera,
 Mas sus voces se perdian
 En lo hondo de la caverna.
 Tornaron á llamarle ellos,
 Y á faltarles la respuesta,
 Hasta que asiendo una antorcha
 Penetraron en la cueva.
 "Vamos, dijeron, hereje,
 Que está ya ardiendo la hoguera."
 Y en faz amenazadora
 Avanzaron á su presa.
 Mas Torrigiano yacia
 Inmóvil, y sentado en tierra,
 Las manos en las rodillas,
 Y en las manos la cabeza,
 Que asidas convulsamente,
 Y enclavijadas con fuerza,
 Guardaban algun objeto
 Que se adivinaba apenas.
 "¡Arriba!" á gritar tornaron;
 Pero mirando su inercia,
 Empujáronle con ira
 Y dió de rostro en la tierra;
 Rodó por el pavimento
 Aquel busto de madera,
 Que el rostro de una Madonna

En su Tisbe representa,
 Y á sus piés quedó tendido
 El escultor, que les deja
 Su gloria con su cadáver,
 De su ejecucion en prenda.
 Que quien nace hidalgo y fiero,
 No puede con la vergüenza
 De acabar con ignominia
 En una patria extranjera.
 ¡Pobre Tisbe! ¡cuán en vano
 En ese dintel le esperas
 Pasando noches y dias
 Del Santo Oficio á la puerta!
 Resuelta estás á morir
 Sobre esas heladas piedras,
 O á ver otra vez al alma
 De tu marchita existencia;
 Mas como ese tribunal
 Jamas su víctima suelta,
 Colige de ambos á dos
 Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues solo el Torrigiano
 En su desventura fiera
 Aguardó para morir
 A poder delante de ella;
 Y Tisbe amor tan inmenso
 Para el Torrigiano encierra,
 Que ser no sabe sin él,
 Ni alentar donde él no alienta:
 Aquellas dos nobles almas,
 La una de la otra existencia,
 Al cielo á la par volaron,
 Y si hay Dios, ¡dichosas ellas!